# ME GUSTA TU COCHE

[Mali Fariña]

# Las chicas de Mali

# Me gusta tu coche

**Mali Fariña**

Primera edición: junio de 2022
© Copyright de la obra: Mali Fariña
© Copyright de la edición: Angels Fortune Editions

Código ISBN: 978-84-125198-8-4
Código ISBN digital: 978-84-125198-9-1
Depósito legal: B-11355-2022
Corrección: Anna Alberola
Diseño y maquetación: Cristina Lamata
Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

©Angels Fortune Editions www.angelsfortuneditions.com www.angelsfortune.com

Derechos reservados para todos los países
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.
«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley»

*Dedicado a tod@s mis chic@s.*

# PRÓLOGO

Había oído cantar un rap que empezaba así: «Me gusta tu coche porque tiene ruedas *goldas*…». Y sí, me gustaba mucho ese coche. Atraía mi mirada no solo por su línea clásica, el color azul marino y los cristales tintados, sino también porque siempre estaba reluciente, como recién salido del concesionario. Y, además, su matrícula era JJJ (como el buen jamón) y yo me decía que, para más inri, ¡tenía pedigrí!

¿Quién lo conduciría? ¿La clásica mujer *trofeo* de algún ricachón?, ¿un hombre joven con buen gusto y dinero?, ¿una ejecutiva?… No tardaría en descubrirlo.

# 1

# AMAIA

Hago jornada intensiva y puedo decidir el momento de mi descanso. Suelo salir a almorzar cuando no llevo nada de casa, pues lo que desayuno a primera hora no me da energía suficiente para soportar toda la jornada de un tirón.

Mi sorpresa es enorme cuando, cruzando el paso de peatones de la zona industrial en la que trabajo, veo a mi «caprichito» frenando, casi derrapando para dejarme pasar. En su interior, una cabeza con el pelo peinado hacia atrás, y una cara con gafas de espejo verdes y facciones jóvenes con barbita corta. ¡Guau! Coche + chico = pum, pum, pumba.

Lo miro, doy las gracias con la mano y termino de cruzar. Él arranca y yo lo pierdo de vista cuando gira hacia la calle lateral que desemboca en el *parking* de la empresa. Creí verlo también hace unos días, pero llovía y caminaba bajo un paraguas, así que no me paré mucho a observarlo. Me gustaría tenerlo cara a cara.

2

# VUELTA AL TRABAJO

Regreso y recuerdo que es lunes y, además, un lunes tedioso sin mucho trabajo. Ya en mi silla, me concentro en los papeles que ocupan mi mesa. Mi jefe y director de la Cía., un gallego cincuentón aún atractivo, con betas grises en su pelo oscuro, muy alto y bien vestido, se acerca a mi mesa y me comenta que un nuevo empleado, Yago, vendrá para trabajar en la empresa, pero que empezará por abajo antes de hacerse cargo de todo.

—Soy de la vieja escuela —me comenta—, y el puesto hay que ganárselo. No basta con tener unas buenas notas. Conozco a verdaderos inútiles con sus empleados y con sobresalientes en la carrera. Que empiece por ir a cobrar estas facturas pendientes.

Pasados unos treinta minutos, más o menos, entra en mi pequeño espacio él, vestido informal pero elegante, muy alto, con sus gafas de espejo verdes, su barbita corta y su pelo negro hacia atrás en una coleta... ¡mmm! Pum, pum, pumba. ¡Por fin ya lo tengo frente a mí! Me trabo al empezar a hablar y, antes de terminar mi saludo, él me interrumpe:

—Hola, Amaia, soy Yago, ¿tienes algo para mí?

Otra vez pum, pum, pumba. Tiene una sonrisa preciooosa y está para comérselo, ¡cómo se parece al actor Sebastián

Rulli! Le tiendo la carpeta con las facturas y solo me sale una vocecita aguda para decirle:

—Ten, es lo que el señor Marín ha dejado para ti. Tendrás que despachar conmigo lo que traigas cuando regreses.

Toma la carpeta y me responde:

—Ya volveré.

—¿Cuándo? —pregunto.

No hay respuesta. Solo queda en el aire una fragancia que me resulta fresca, masculina y deliciosa. Y como soy un perro de presa a lo que olores se refiere, no pararé hasta dar con esa marca.

# 3

# OTRO DÍA DE TRABAJO

Ya es jueves, 8:30 de la mañana y no hay rastro de Yago. El señor Marín pregunta si las facturas ya están cobradas y repite el mantra de siempre:

—Se acercan los pagos, es importante no fallar con esto.

Nos dedicamos a hacer cajas de cartón para todo tipo de mercancías, desde zapatos hasta electrodomésticos.

—No ha pasado a verme, pero puede que se las haya dejado a usted en su mesa sin decirnos nada.

—Lo dudo, Amaia, es un niño mimado y piensa que puede hacer lo que le dé la gana. Te paso su teléfono y le llamas.

Madre mía. Marco. ¡Qué agobio! Suena un gruñido. Y me presento.

—¿Amaia? ¿Qué Amaia*?*

Mi cabeza aún está llena de ruidos… Y me cuelga.

Vuelvo a marcar por si me había equivocado, pero otra vez esa voz aguardentosa vuelve a contestar cabreada y, simplemente, me manda a la mierda y vuelve a colgar. ¡Huuuy! ¡Lo que ha hecho! Despertar a la fiera que hay debajo de esta gatita melosa y que él no conoce. Cuando vuelva tendrá un drama que contar. Yo me encargo. A mí no me insultan ni mis amigas. Me conocen y no se atreven. Ya han sufrido mis «arañazos». Y Niño Mimado no va a ser menos.

# 4

# LLEGA LIAN

Vivo en un pueblo de la provincia de Barcelona. Tenemos playa, puerto recreativo y hasta un castillo. Vivo en un edificio de alquiler social. Eso es barato y pequeño, muy pequeño. La ventaja es que, además de ser económico, tiene *parking* justo debajo y desde casa llego a mi trabajo en 15 minutos. Lo comparto con mi gran amor, Lian.

Lian es un encanto. Es mi perro. Es pequeño, de apenas 3 kilos, y en su genética, según la veterinaria, hay chihuahua, pomerano y no sé cuántos más. No me importa, pues fue amor a primera vista. Se escondía entre la basura acumulada en el polígono donde trabajo, en el edificio que tenemos detrás del nuestro, que está abandonado. No era más que un pequeño pompón negro salpicado de puntitos blancos, sucio y herido. En cuanto se acercó temblando hasta mí, lo puse en una de las cajas que llevo en el maletero y fui derechita al veterinario más cercano a mi casa. Llegué tarde el primer día después de vacaciones y me cayó una pequeña bronca, pero no me importó y mi explicación fue que me quedé dormida.

La veterinaria limpió las heridas de la pata, tuvo que darle unos puntos en la oreja y me dio algunas instrucciones de cómo cuidarlo. Sobre todo, mucho cariño y paciencia, pues todavía era cachorro. No llegaba a los tres meses y ya había sufrido la maldad del hombre.

Ya llevamos tres años juntos y cada 1 de septiembre (día en el que lo encontré) pasamos por ese lugar y preparo para cada uno nuestro menú favorito. Además, mi cumpleaños es un día antes, el 31 de agosto, y en su momento fue un buen regalo de cumpleaños.